



Mtro. Emilio José Baños Ardavín
RECTOR UPAEP

El mes pasado asistí, en representación, de nuestra casa de estudios al *Summit* del Consejo para la Promoción y Soporte de la Educación, CASE por sus siglas en inglés. Se trata de una organización internacional cuya misión es coadyuvar en los procesos de Promoción, Mercadotecnia, Vinculación con Egresados y Procuración de Fondos en el ámbito de la Educación Superior. Por cierto que en marzo del 2017 UPAEP será sede del congreso CASE para Latinoamérica. Pues bien, el *Summit* mencionado se celebró en la ciudad de Nueva York, y la conferencia de apertura se titulaba, traducida al español, algo así como: “El camino hacia el carácter: reflexiones sobre el liderazgo hoy”, impartida por un columnista del New York Times, David Brooks es su nombre.

He de confesar que al ver el título y la breve descripción del expositor, estando en el corazón de Manhattan con todo su boato y culto al individualismo meritocrático, mi reacción fue de desgano y antipatía. Me preparé mentalmente para un refrito de los “7 Hábitos de la Gente Altamente Efectiva” de Covey, o “Las 21 Leyes Irrefutables del Liderazgo” de Maxwell. Comenzó la conferencia y de inmediato Brooks logró capturar la atención del auditorio entero; en mi caso dejé de ver mis mensajes en el celular y me dispuse a escucharlo.

Me sorprendió gratamente por la profundidad de sus argumentos, y especialmente por su atrevimiento para plantear conceptos que cimbran el andamiaje de la pseudo-cultura posmoderna que prevalece en nuestras sociedades.

La plática estuvo basada en el más reciente libro del propio Brooks, intitulado “The Road to Character”¹, mismo que de inmediato adquirí y leí. Me resultó por demás relevante no sólo como reflexión personal pero sobre todo para enriquecer nuestra perspectiva respecto del liderazgo transformador que queremos fomentar en UPAEP. Me permito ahora compartir estas ideas a partir de ello.

¹ David Brooks, *The Road to Character*, Random House, 2015.

En su obra, David Brooks propone como punto de partida una reflexión sobre la diferencia entre las virtudes de un *curriculum vitae*, y las virtudes de un elogio póstumo.

Las virtudes de un *curriculum* serían aquéllas que pones de relieve para incursionar en el mercado laboral con miras a lograr el éxito profesional: tus aptitudes, experiencia, logros, etc. Podríamos decir las del *ámbito externo*. Las virtudes de un elogio póstumo serían aquéllas de las que se hablaría en tu funeral, aquéllas que existen en lo más profundo de tu ser y que en esos momentos, en un ambiente de nostalgia, comentaría la gente que más te quería y conocía: que si eras una persona amable, honesta, leal, luchadora; qué tipo de vínculos interpersonales generaste durante tu vida, las virtudes del *ámbito interno*.

Si nos preguntásemos cuáles virtudes son las más importantes, si las del currículum o las del elogio póstumo, seguramente todos nos inclinaríamos por las últimas. Sin embargo, y aquí viene la primera reflexión, la verdad es que nos concentramos y dedicamos más a las virtudes relacionadas con el currículum, y poco a las del elogio póstumo. De hecho es de llamar la atención que la mayoría de las conversaciones, publicaciones y los famosos *bestsellers* de superación y liderazgo, van en esta línea. Lo curioso es que todas esas publicaciones se precian de dar respuestas completas y satisfactorias, pero prueba de su fracaso es que día con día surgen nuevas propuestas que no terminan por responder las preguntas que el hombre se ha planteado desde siempre.

Brooks pone de relieve el hecho de que en nuestra sociedad, enfocamos más nuestras baterías y estrategias en cómo alcanzar el éxito profesional, que en cómo cultivar el carácter que nos lleva a desarrollar las virtudes del interior.

Así, toma como referente la tesis de Joseph Soloveitchik en la que, remitiéndose al relato de la creación en el Génesis propone ubicar al hombre con dos lados de alguna manera opuestos en su naturaleza, a los que llama Adán I y Adán II. Si retrotraemos estas dos figuras a nuestra época, diríamos que Adán I es el orientado a los resultados, el lado ambicioso de nuestra naturaleza. Adán I busca crear, producir y descubrir cosas; quiere lograr un elevado estatus y grandes victorias. Adán II es el Adán interno, el que busca un carácter forjado internamente, que le permita ponderar lo correcto y lo equivocado; no solo hacer el bien, sino ser un hombre de bien.

Mientras Adán I busca conquistar el mundo, Adán II busca atender el llamado para servir al mundo. Cuando Adán I saborea sus propios logros, Adán II es capaz de renunciar al estatus y a los reflectores en pos de un propósito que considera más elevado. El motor de Adán I es el éxito, el de Adán II es el amor. La tesis de

Soloveitchik plantea el reto constante de solventar esta especie de contradicción interna, nutriendo prudencialmente ambas facetas, aunque admite y hace ver que ambas no son siempre conciliables. El problema, apunta Brooks, es que ambas facetas se manejan bajo lógicas inversas.

Adán I sigue la lógica de la economía. Un insumo lleva a un resultado. El esfuerzo lleva a la recompensa. La práctica lleva a la perfección. Maximiza la utilidad. Impresiona al mundo.

Adán II se mueve a la inversa, en la lógica de la moral, no de la economía. Hay que dar para recibir. Tienes que renunciar a algo fuera de ti para ganar fuerza dentro de ti. El éxito te lleva al mayor fracaso, que es el orgullo; el fracaso te lleva al mayor éxito, que es la humildad y el aprendizaje. Adán II te lleva a olvidarte de ti mismo, a descentrarte.

El mundo de hoy presenta una cultura obsesionada por Adán I, y prácticamente rechaza a Adán II. Se alienta e incentiva el cómo lograr una gran carrera, pero nos deja totalmente desarticulados en el cultivo de nuestro interior.

Nuestra vida pareciera muy ocupada, llena de actividades, pero acusa paradójicamente una especie de ansiedad, una sensación de vacío: una falta de significado y de significancia. Hay una especie de aburrimiento inconsciente, sin amar realmente, sin abrazar propósitos que hagan que se revalorice nuestra vida. Lo que es peor, muchas veces carecemos del criterio interior para asumir compromisos que no se tambaleen.

De repente nos encontramos haciendo cosas para buscar la aprobación de otros, no importando si hacemos lo correcto o no. Somos presa del juicio de terceros que muchas veces ni conocemos, cuyo fallo se emite a través de los “likes” y de los “retweets”. Juzgamos a las personas por sus habilidades, no por su valor. En suma, no tenemos una estrategia para formar el carácter, y sin ello, nos dice Brooks, no sólo nuestra vida interior sino nuestra vida exterior terminaría cayéndose en pedazos.

El argumento central de Brooks tiene su punto de apoyo en la tradición judeo-cristiana, que ubica al hombre como una creatura hecha a partir de cenizas, animada gratuitamente por amor y voluntad Divina, y que al término de su caminar habría de retornar a Dios también gracias a un gesto de amor y redención. Nuestro cuerpo temporal, lo sabemos bien, volverá irremediabilmente a convertirse en cenizas. Brooks propone así que, ubicándonos en nuestra frágil realidad, consideremos una virtud que no goza precisamente de buena prensa hoy en día: la humildad. Etimológicamente recordemos que *humildad* proviene del vocablo griego *humus*, que quiere decir *tierra*; también *Adán* en hebreo significa

tierra. La humildad entonces nos lleva a situarnos y a asumir por una parte que somos contingentes, pasajeros; y por otra, que si no es por una convicción de trascendencia, resultaría sumamente complejo y desesperanzador nuestro caminar por este mundo.

“El propio conocimiento nos lleva como de la mano a la humildad”², decía Escrivá de Balaguer. La humildad es saber que, si bien somos seres extraordinariamente dotados, hay muchísimas cosas que no sabemos, y tantas otras que creemos saber pero que son distorsionadas o equivocadas. De esta forma, la humildad nos lleva a la sabiduría: cualidad de saber lo que no sabemos, y encontrar la forma para saber manejar nuestra ignorancia, incertidumbre y limitaciones.

La humildad también nos hace ver que solos no podemos, y ésta es la piedra de toque, aunque parezca paradójico, de la formación del carácter. Ciertamente suena a contradicción. Estamos habituados a relacionar carácter con empuje, determinación y superación; pero la forja del carácter, si no parte de esta perspectiva de la humildad, puede derivar, y frecuentemente nos ocurre, en orgullo hueco. Sin la perspectiva de la alteridad, de la necesidad del otro que sólo la humildad provee, el carácter se desmorona ante la primera ventisca.

El carácter no se forma con pura fuerza de voluntad; el carácter requiere del amor y de amistades profundas, de ejemplos de vida que inspiran. Más aún, para combatir nuestro orgullo, autosuficiencia y soberbia –continúa Brooks-, todos necesitamos de una ayuda que proviene desde fuera de nosotros: familia, amigos, ancestros, reglas, tradiciones, instituciones y vidas ejemplares; del mismo Dios.

El carácter se forma en el valle de la humildad que nos lleva a silenciar nuestro yo. Es ahí, descendiendo a lo más profundo de nuestro ser, donde descubrimos el valor del rescate de la mano que se extiende para ayudarnos, y es entonces cuando aceptamos ese ofrecimiento. Es con esas ayudas que vamos nutriendo el carácter; y éstas son las pequeñas victorias que producen verdadero gozo.

A veces vemos la vida como un plan de negocios, sujeta al cálculo de la máxima rentabilidad donde el punto de partida soy yo mismo, y el objetivo final soy también yo mismo. Pretendemos ser amos y señores de nuestra propia suerte, los capitanes de nuestro destino. Brooks afirma que estamos equivocando el método, y de nuevo nos provoca al sugerir que, en lugar de que nos preguntemos qué queremos de nuestra vida, haría falta que nos preguntemos qué quiere la vida de cada uno de nosotros. ¿Qué debo hacer para responder a las circunstancias en las que vivo?

² José María Escrivá, *Camino*, n. 609

Si somos consistentes con esta línea de pensamiento, habríamos de aceptar que no somos nosotros los creadores de nuestra propia vida, sino que somos configurados por la vida. En otras palabras, las respuestas importantes a nuestra vida no las encontramos dentro, éstas se encuentran fuera. De nuevo recurrimos a la humildad que no es otra cosa más que la expresión de un realismo que nos hace ver que hay cosas que existen mucho antes, y que perdurarán mucho después que nosotros.

Esto es fácil verlo en nuestro momento y circunstancia: nuestra nación tiene una historia y una prospectiva que nos supera, nuestra misma universidad, nuestras tradiciones y nuestra cultura tienen un bagaje que en efecto se nutre de las contribuciones de cada actor, de cada persona; pero ni duda cabe de que son ampliamente superadas por la trascendencia de tales instituciones en el tiempo y en el espacio.

Nuestra misión personal consiste en responder, con nuestros talentos y desde la lógica del agradecimiento a las necesidades del entorno, en aportar a la construcción del bien común.

Brooks nos recuerda el testimonio de Víctor Frankl en su famoso libro “El hombre en busca de sentido”. Frankl era un psiquiatra judío austriaco, que fue capturado en 1942 por los nazis, enviado a un *ghetto* y luego a una serie de campos de concentración. Su esposa, su madre y su hermano murieron en los campos. Frankl pasó gran parte de ese tiempo colocando vías de ferrocarril. Claramente ésa no era la vida que había planeado para sí, por supuesto que esa no era su pasión, mucho menos su sueño. Sin embargo ésa fue la circunstancia de vida que le fue asignada. Frankl fue descubriendo que el tipo de persona que ahí se constituiría se definiría en función del tipo de decisiones internas que tomara para responder a tales circunstancias.

En palabras del propio Frankl, “no era un tema de qué esperar de la vida, sino de qué esperaba la vida de nosotros. Necesitábamos dejar de preguntarnos el significado de la vida, y más bien pensar en nosotros como quienes están siendo cuestionados por la vida, a cada hora y en cada día.”³

Frankl no habría podido controlar cuánto habría de sufrir, o cuándo terminaría en la cámara de gas o tirado junto con los cuerpos apilados a lo largo de la vía; pero sí controlar la respuesta que desde su interior daría a sus sufrimientos.

³ Viktor Frankl, *Man's Search for Meaning* (Beacon, 1992), 85.

Frankl supo distinguir además otra gran tarea que tales circunstancias le asignaban, y que sería un reto intelectual que nunca hubiera imaginado como psicólogo: entender a la persona humana en una situación extrema. Desde ahí, en tanto cobraba energía se reunía con grupos de prisioneros para ayudarlos a tomar sus vidas en sus manos y luchar por preservarlas desde su fuero interno.

Es verdad que estas situaciones no son generalizadas, poca gente llega a ser sometida a tales circunstancias tan extremas y deleznales; pero todos nosotros tenemos talentos, aptitudes, capacidades y oportunidades que no nos hemos ganado estrictamente hablando. Y todos nosotros estamos expuestos, día con día, a situaciones que claman una respuesta, una acción concreta.

Llamémosle pobreza, dolor, necesidades de los que tenemos cerca; y también oportunidades en positivo, como lo es detonar el desarrollo de una región, desarrollar un nuevo invento en beneficio de la sociedad, o innovar en materia de políticas públicas. Tales son circunstancias que nos ofrecen la oportunidad de justificar los regalos que se nos han dado y que debemos aprovechar con toda responsabilidad. Estos son los llamados que hacen despertar nuestra vocación, pues la vocación no nace de adentro, a la vocación se responde desde dentro.

El reto entonces es saber estar atentos y saber responder al llamado, para lograr una vida con significado, pues sólo una vida con significado tiene sentido, y sólo una vida con significado nos llevará a la auténtica felicidad. La felicidad no es un fin en sí mismo, sino que es consecuencia de una vida bien lograda. La verdadera felicidad es la alegría que surge de un corazón empeñado y desgastado por un propósito fincado en la donación y en la congruencia con ideales nobles y justos.

Recojo estas reflexiones especialmente para ustedes queridos jóvenes porque, aunado al grado académico, nuestra convicción es que éste es un tiempo idóneo, que difícilmente se repetirá, para que generen un proyecto de vida con propósito, un proyecto que les rete, que haga surgir lo mejor de cada uno.

Una vida con propósito, requiere de elecciones, que muchas veces suponen renuncias a bienes de corto plazo, muchas veces aparentes, en pos del largo plazo. O lo que es más, una vida con propósito exige muchas veces una lucha interior, que puede implicar sacrificar el éxito del mundo exterior en pos de lograr una victoria interior. Eso es lo que configura el carácter: una serie de disposiciones, deseos y hábitos que poco a poco nos moldean y facultan para vencer nuestras debilidades y sobreponernos a nuestras caídas. Es el carácter el que nos ayuda a no ser presa de nuestras pasiones, y a madurar como personas; es el dominio de Adán II sobre Adán I.

Brooks explica que una persona madura “transita de un ser fragmentado a uno centrado, que ha logrado apagar la inquietud, que ha logrado calmar la confusión acerca del significado y el propósito de vida. Una persona madura toma decisiones sin depender de reacciones negativas o positivas, de detractores o admiradores, porque una persona madura tiene el criterio para determinar lo que es correcto. Este tipo de personas ha pronunciado una multitud de noes, en pos de lograr pocos, pero gratificantes síes.”⁴

Una vida sostiene su propósito, cuando sabe recibir y optar por el amor. Si la humildad es la puerta, el amor es el catalizador de todas las virtudes. El amor depende de la disposición de cada persona a ser vulnerable, y hace más profunda tal vulnerabilidad. Adán I quiere vivir de acuerdo a un cálculo utilitario – maximizar experiencias placenteras, evitar el dolor y la vulnerabilidad, mantener el control. Adán I quiere que vivas una vida auto-contenida, calculadora en sus riesgos y recompensas, velando siempre por tu propio interés. Pero amar de verdad, lo sabes bien, no es así. Amar, nutrir nuestro Adán II, cito a Brooks, consiste en “perder un poco la cabeza [...]. El amor es sumisión, no decisión. El amor demanda una rendición poética ante un poder inexplicable sin reparar en el costo [...]. Es un estado alterado de la conciencia que es intenso y pleno, pero al mismo tiempo efervescente [...] Y entonces, finalmente, el amor impulsa hacia el servicio. Si el amor comienza con bajar la guardia, excavando dentro de la vulnerabilidad del ser, exponiendo nuestra desnudez, éste termina con una moción activa hacia lo alto. Florece un gran arrojo y deseo de servir.”⁵

Esta es la lógica de la alteridad fincada en el acto de amar; en ningún otro estado la persona manifiesta este ánimo resuelto por transformar, por ello no hay nada que le ennoblezca más.

Queridos jóvenes, Comunidad Universitaria toda: cuando uno asiste a este tipo de foros, como el mencionado en Nueva York, uno no deja de sorprenderse al ver el tipo de preocupaciones e inquietudes compartidas por los más diversos actores del ámbito educativo a nivel global. Hoy en día el gran cuestionamiento para las universidades es sobre el tipo de sociedad que imaginamos, pero pocas instituciones se atreven a hacer este planteamiento desde lo más profundo, que estriba justamente en la idea que se tenga del hombre que conforma tal sociedad. Es por ello que, cuando escuchaba y leía a Brooks, encontraba un gran eco en sus reflexiones. Se trata en efecto de conceptos que en sí mismos no son nuevos, pero que es preciso refrescar y avivar; no dejar que esa llama se apague, requiere de carácter.

⁴ Idem, 267

⁵ Idem, 172-174

Si algo ha diferenciado a nuestra universidad, son las experiencias de vida que aquí se generan, que hacen brotar los talentos que desde la lógica de la alteridad despliegan su potencial para servir y transformar - experiencias significativas para un liderazgo transformador -.

Un liderazgo no de reflectores, sino un liderazgo que surge desde el redimensionamiento de la humildad como la virtud del realismo para asumir lo que somos, para valorar lo que se nos ha dado y volcarnos a atender el llamado del otro. Un liderazgo que no está exento de riesgos ni de renunciaciones, pero que brinda como resultante un profundo sentido de alegría y plenitud.

Un liderazgo que pide concreciones específicas, en el aquí y el ahora. Para ello, dice nuestra Visión, hay que “atreverse a vivir congruentemente nuestra identidad como ejemplo de virtud en el servicio, con respeto y amor al prójimo, para la transformación social en orden al bien común”⁶. Ése es el camino hacia la forja de un carácter institucional, al que todos estamos convocados a asumir como propio. Eso es, en última instancia hacerlo UPAEP.

Concluyo retomando las palabras del Papa a los millones de jóvenes que se congregaron en Polonia para la Jornada Mundial de la Juventud el pasado mes de julio, y que nos vienen muy bien como corolario de este mensaje:

“Que tu vida se vuelva un jardín de oportunidades para ser feliz...
Que en tus primaveras seas amante de la alegría.
Que en tus inviernos seas amigo de la sabiduría.
Y que cuando te equivoques en el camino, comiences todo de nuevo.
Pues así serás más apasionado por la vida.
Y descubrirás que ser feliz no es tener una vida perfecta.
Sino usar las lágrimas para regar la tolerancia.
Usar las pérdidas para refinar la paciencia.
Usar las fallas para esculpir la serenidad.
Usar el dolor para lapidar el placer.
Usar los obstáculos para abrir las ventanas de la inteligencia.
Jamás desistas....
Jamás desistas de las personas que amas.
Jamás desistas de ser feliz, pues la vida ¡es un espectáculo imperdible!”⁷

Muchas gracias por su atención.

⁶ UPAEP, Visión Rumbo al 50 Aniversario, 2014.

⁷ Papa Francisco, Jornada Mundial de la Juventud en Polonia, 2016.